



“Al mal tiempo, buena cara”

Descripción

Al estilo de san Felipe Neri

Otra vez hablar de un santo, y sí, porque son los santos los que nos muestran el camino, y nos animan. San Felipe Neri... ¡Qué poco lo conocemos! Y, sin embargo, ha sido uno de los más grandes santos de la Iglesia. En una época de gran crisis: la contrarreforma.

Había dos alternativas: “pegar el portazo” y comenzar a criticar a la Iglesia desde la vereda de enfrente, o comenzar la reforma desde su interior.

La primera fue la respuesta de Lutero y compañía; y a la enfermedad, en vez de aplicarle un remedio, se la quiso curar con el **veneno de la herejía**. Había una segunda manera de responder y **fue la de los grandes santos como Ignacio de Loyola**, Teresa de Jesús, Isidro y Francisco Javier, que no por casualidad fueron canonizados en la misma ceremonia.

Allí encontramos la extraordinaria vida de san Felipe Neri: **un hombre que, como todos los santos, mostró una de las tantas caras de Dios. Porque si hay una característica que puede destacarse a lo largo de su vida, es que supo que esta vida es una simple “escena que pasa”.**

Reírse de uno mismo



Pero, ¿en qué faceta pudo haberse destacado más este hombre, que no se privaba del vino ni de los juegos, no dejaba de cantar y aborrecía las caras largas y tristes? Sin lugar a dudas en la **alegría de Dios**, “alegría de nuestra juventud” (Ps. 42).

San Felipe sabía reírse de sí mismo y sabía corregir con la risa, sabía ver la comedia en la tragedia, cosa que hoy hemos perdido porque el mundo en el que vivimos se ha olvidado de Dios y del humor de Dios.

Su carácter afable y bondadoso, hizo que un pariente rico decidiera hacerlo heredero de su fortuna. Trabajó como comerciante con su tío. Pronto decidió alejarse de las riquezas y los bienes materiales para irse en 1533 a Roma a servir a Dios.

Felipe fue el mejor catequista de Roma durante 40 años, y logró transformar la ciudad. Su activa misión comenzó con la visita a hospitales, después empezó a frecuentar las tiendas, almacenes, bancos y lugares públicos, llamando a todos a acercarse a Dios.

Como era tan simpático en su modo de tratar a la gente, se hacía fácilmente amigo de todo tipo de gente: príncipes, cardenales, obreros y niños de la calle.



Una de sus preguntas más frecuentes era: **«¿y cuándo vamos a empezar a volvernos mejores?»**. Si le demostraban interés, solía explicar la forma sencilla para llegar a ser más cercanos a Dios.

Fue amigo de muchos santos, entre ellos, san Ignacio, que decía:

“El Padre Felipe es como una campana que llama a otros a la Iglesia, pero que permanece siempre en el campanario: manda a los otros a la vida religiosa”.

Este era uno de sus aspectos más notables que bien podría llamarse: “despertador de vocaciones”. Con su amabilidad, alegría y buen humor atraía con el buen olor de Cristo.

Tanto que podemos aprender de él. San Felipe, enséñanos a convertirnos en despertadores de vocaciones, y tener alma universal: “de cien almas nos interesan las cien”.